



PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.
SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 6 DE SETIEMBRE DE 1882.

NÚM. 33.

SUMARIO.

1. Paletó-visita.—2. Traje de paseo.—3. Traje para señoritas.—4. Delantal para niñas de 4 á 6 años.—5. Vestido de dormir para niños de 5 á 7 años.—6. Calzoncillos con corpiño para niños de 6 á 8 años.—7. Broche para abrigos.—8. Mesita-duquesa.—9. Mesita de felpa.—10. Cesto para papeles.—11 y 12. Dos bordados de cuentas sobre tul.—13 á 33. Varias prendas de ropa blanca para niñas y niños.—34. Fichú de muselina de seda y encaje.—35. Fichú de gasa de seda y encaje.—36. Fichú de *surah* y encaje.—37 y 38. Manteleta de terciopelo labrado.—39 y 40. Abrigo de paño de otoño.—41 y 42. Abrigo de otoño, de raso liso y labrado.—43. Cuello esclavina de muselina, encaje y cinta.—44. Vestido de raso y cachemir.—45. Vestido para niñas de 4 á 6 años.—46. Vestido de faya y cachemir.—47. Paletó para niñas de 3 á 5 años.—48. Vestido de *surah* con bordado.—49. Traje para niños de 8 á 10 años.—50. Vestido de lana lisa y lana de cuadros.

Explicacion de los grabados.—La Novicia de Jerusalem, por X.—La Vida Real: Apuntes para un libro (continuacion), por D.^a María del Pilar Sinués.—Flor de azahar, romance, por D. Julio de Sigenza.—Correspondencia parisiense, por X. X.—Colegio de religiosas bajo la proteccion de Nuestra Señora del Sagrado Corazon de Jesus.—Explicacion del figurin iluminado.—Sueltos.—Soluciones.—Geroglífico.

Paletó-visita.—Núm. 1.

Es de lana de mezclilla y cuello vuelto de terciopelo granate. El vestido de debajo se compone de una polonesa con *paniers*, y de una falda guarnecida á lo largo de pliegues sobrepuestos.

Traje de paseo.—Núm. 2.

De velo color masilla y bordado crudo. El corpiño lleva un cuello grande bordado, que cubre los hombros, y dos *paniers* añadidos, sobre los cuales descansan unas puntas bordadas. La falda, que forma ligeramente cola, va adornada por delante con un grupo horizontal de cuatro bullones estrechos y un bullon ancho doblado y sostenido con tres volantes tableados. Este adorno se repite para terminar la falda.

Traje para señoritas.—Núm. 3.

Vestido de satinete liso. La sobrefalda cae por el lado izquierdo y va recogida y plegada en el lado derecho, dejando ver la falda, que va enteramente plegada á pliegues huecos. La casaca, que completa el traje, es de paño claro liso, con aldetas redondas añadidas, y se abrocha en sentido diagonal. El cuello, vuelto, es de tela listada.



1.—Paletó-visita.

2.—Traje de paseo.

3.—Traje para señoritas.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

Delantal para niñas de 4 á 6 años.
Núm. 4.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. XXIII, figs. 62 y 63 de la *Hoja-Suplemento* al presente número.

Vestido de dormir para niños de 5 á 7 años.
Núm. 5.

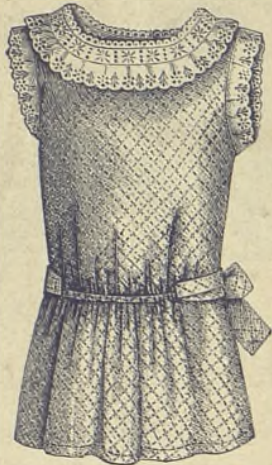
Para la explicacion y patrones, véase el núm. IV, figuras 13 á 15 de la *Hoja-Suplemento*.

Calzoncillos con corpiño para niños de 6 á 8 años.
Núm. 6.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. V, figuras 16 á 18 de la *Hoja-Suplemento*.

Broche para abrigos.
Núm. 7.

Este precioso modelo de broche ó corchete para abrigos se llevará mucho en la estacion próxima. Es de plata antigua, y va acompañado de una cadeneta.



4.—Delantal para niñas de 4 á 6 años. (Explic. y pat., núm. XXIII, figs. 62 y 63 de la Hoja-Suplemento.)

Mesita-duquesa.—Núm. 8.

Es de madera blanca, y va revestida de felpa granate. El tablero de encima va adornado de un ramo de tapicería, que aparece como arrojado en el lado izquierdo, y de una florecilla en el lado opuesto. El tablero de debajo va adornado con un ramo en el centro. Un fleco de seda, del mismo color de la felpa, pero de matiz más claro, termina los adornos.

Mesita de felpa.
Núm. 9.

Va revestida, como la anterior, de felpa color de aceituna. Sólo el tablero superior va adornado con un ramo de tapicería replicado sobre la felpa.

Cesto para papeles.
Núm. 10.

Este cesto, montado sobre bambú, es de forma cuadrada, y va adornado de figuras heráldicas de tapicería recortada y replicada sobre felpa.

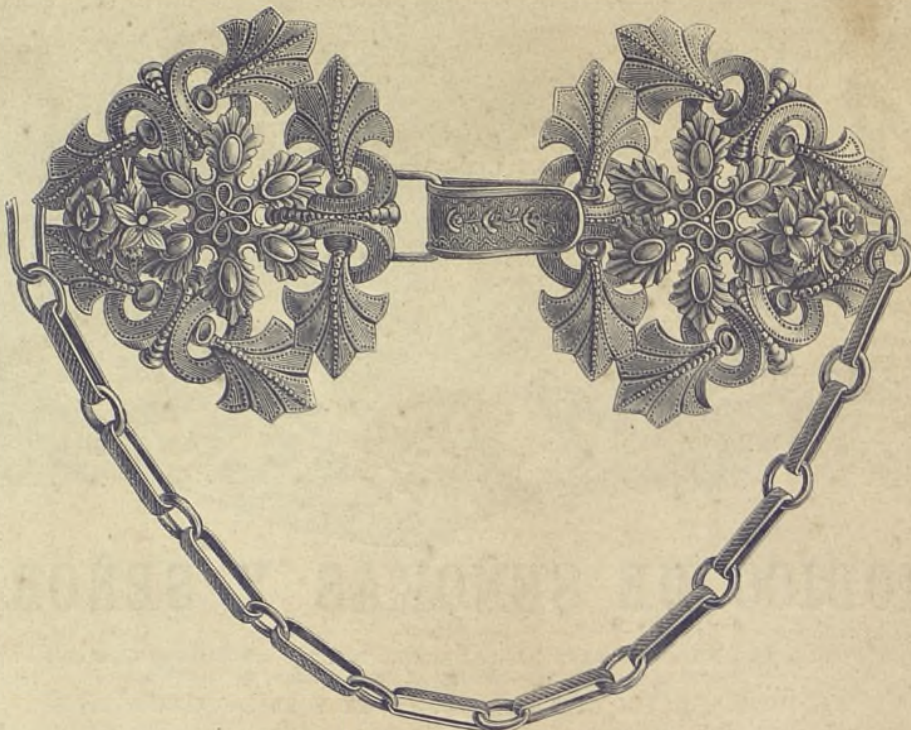
Dos bordados de cuentas sobre tul.
Núms. 11 y 12.

Se pueden emplear cuentas blancas, negras ó de color para este bordado, que no necesita ninguna explicacion, pues nuestros dibujos reproducen exactamente las combinaciones de las cuentas sobre el tul.

Varias prendas de ropa blanca para niñas y niños.—Núms. 13 á 33.
Para la explicacion y patrones, véase la *Hoja-Suplemento* al presente número.



11.—Bordado de cuentas sobre tul.



7.—Broche para abrigos.

Fichú de muselina de seda y encaje.—Núm. 34.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Fichú de gasa de seda y encaje.—Núm. 35.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Fichú de surah y encaje.—Núm. 36.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Manteleta de terciopelo labrado.—Núms. 37 y 38.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de paño de otoño.—Núms. 39 y 40.
Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Abrigo de otoño, de raso liso y brochado.
Núms. 41 y 42.

Para la explicacion y patrones, véase el núm. I, figs. 1 á 5 de la *Hoja-Suplemento*.



5.—Vestido de dormir para niños de 5 á 7 años. (Explic. y pat., núm. IV, figs. 13 á 15 de la Hoja-Suplemento.)

Cuello esclavina de muselina, encaje y cinta.
Núm. 43.

Véase la explicacion en el recto de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de raso y cachemir.
Núm. 44.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 4 á 6 años.—N.º 45.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de faja y cachemir.
Núm. 46.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

Paletó para niñas de 3 á 5 años.—Núm. 47.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de surah con bordado.—Núm. 48.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.

Traje para niños de 8 á 10 años.—Núm. 49.

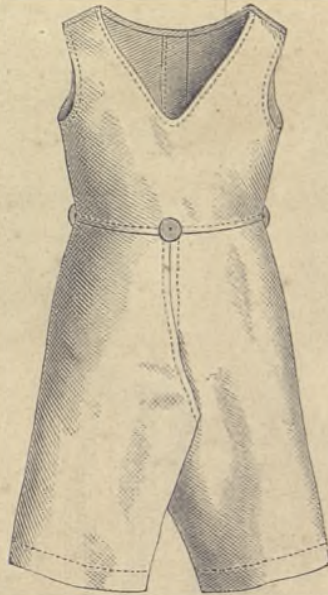
Para la explicacion y patrones, véase el núm. XVIII figuras 39 á 46 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de lana lisa y lana de cuadritos.—Núm. 50.

Véase la explicacion en el verso de la *Hoja-Suplemento*.



8.—Mesita-duquesa.



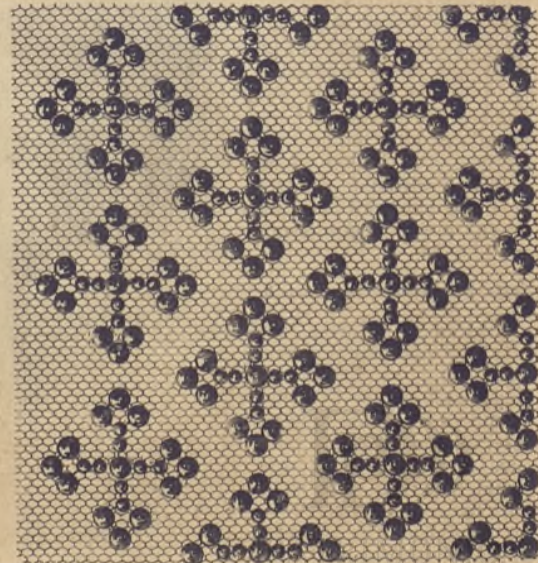
6.—Calzoncillos con corpiño para niños de 6 á 8 años. (Explic. y pat., núm. V, figs. 16 á 18 de la Hoja-Suplemento.)



10.—Cesto para papeles.



9.—Mesita de felpa.



12.—Bordado de cuentas sobre tul.

LA NOVICIA
DE JERUSALEN.

(Conclusion.)

La otra, de alguna más edad y mucho menos bonita, estaba de pié á su lado. Era una amiga suya.

—El lo quiere, hija mia—decia ésta á Aixa;—ha ido á ver á tu tio; le ha suplicado, le ha amenazado; pero todo ha sido inútil: en fin, hasta le ha ofrecido repartir con él este año la cosecha de su viña de Hebron... y...

—Acaba, y má-tame de un solo golpe.

—Pues bien, tu tio ha consentido.

—Mi tio sí pero yo no—respondió Aixa, echando su velo hácia atras y lanzando una mirada de desafio, en la que brillaba toda la energía y todo el orgullo indomable de las razas del Desierto.—Yo nunca, nunca.

—Aixa, ¿por qué no me lo dices todo?

—Porque ya lo sabes—replicó Aixa ruborizándose y

ocultando su cabeza en el seno de su amiga.
—Y, sin embargo— dijo ésta—Yacub es rico.
—Pero es viejo—contestó Aixa con tono triste.

—Es poderoso.
—Pero no es bueno.
—Es un

jefe.
—Por eso su mujer será más esclava suya.
—Y la mujer de Ibrahim, ¿qué será?
—Una mujer dichosa—respondió impetuosamente Aixa.

—Lo cierto es que Ibrahim es joven.
—Y valiente.
—Y hermoso.

—¡Y tan bueno!—replicó Aixa juntando sus manos con ademán apasionado.
—En fin—añadió la amiga—más capaz de hacerse amar que el viejo Yacub.
—Yo no he dicho eso.
—Pero se entiende.
—¡Querida Leila!

—Sí, tu querida Leila, porque te habla de él; así sois todas las muchachas.
—No te enfades; ya sabes



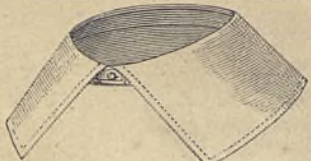
13.—Cuello para niños.
(Explic. y pat., núm. X, figs. 27 y 28 de la Hoja-Suplemento.)



15.—Cuello para niñas.
(Explic. y pat., núm. IX, figs. 25 y 26 de la Hoja-Suplemento.)



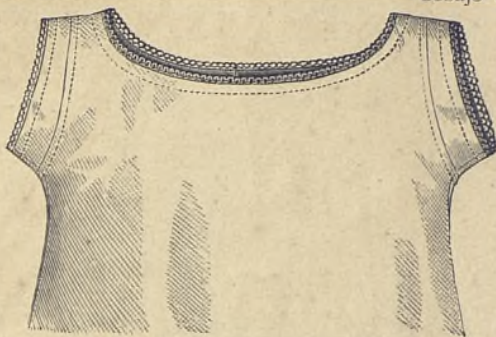
16.—Cuello para niñas.
(Explic. y pat., núm. XII, fig. 30 de la Hoja-Suplemento.)



14.—Cuello para niños.
(Explic. y pat., núm. XI, fig. 29 de la Hoja-Suplemento.)



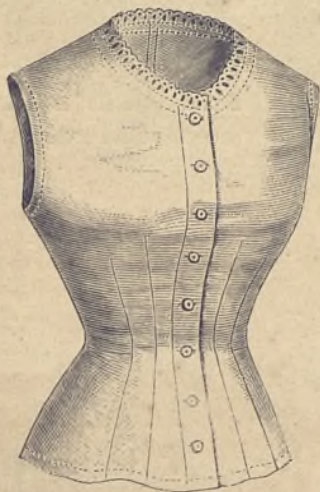
17.—Camisa para niñas de 10 á 12 años.
(Explic. y pat., núm. XXIV, figs. 64 á 69 de la Hoja-Suplemento.)



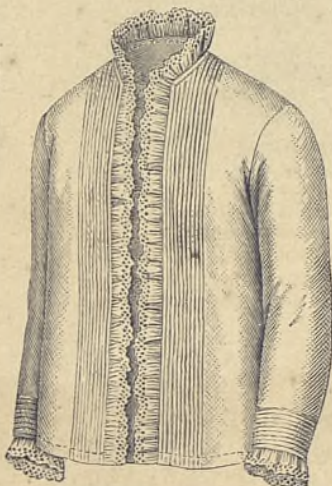
18.—Camisa para niñas de 8 á 10 años.
(Explic. y pat., núm. VI, figs. 19 y 20 de la Hoja-Suplemento.)



23.—Vestido para niñas de 4 á 6 años.
(Explic. y pat., núm. XX, figs. 50 y 51 de la Hoja-Suplemento.)



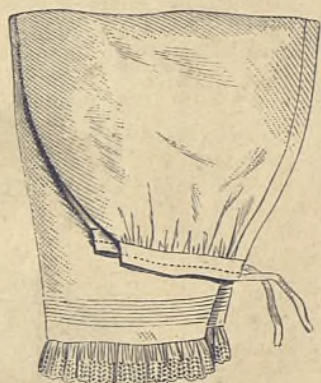
21.—Corpiño de debajo para jovencitas de 12 á 14 años.
(Explic. y pat., núm. XIX, figs. 47 á 49 de la Hoja-Suplemento.)



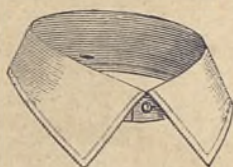
22.—Chambra para jovencitas de 12 á 14 años.
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



19.—Pantalon para niños de 2 á 4 años.
(Explic. y pat., núm. XIX, figs. 52 á 54 de la Hoja-Suplemento.)



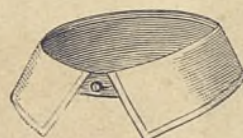
20.—Pantalon para niñas de 8 á 10 años.
(Explic. y pat., núm. II, figs. 6 y 7 de la Hoja-Suplemento.)



24.—Cuello para niños pequeños.
(Explic. y pat., núm. XIV, figs. 33 y 34 de la Hoja-Suplemento.)



28.—Camisa para niños de 5 á 7 años.
(Explic. y pat., núm. III, figs. 8 á 12 de la Hoja-Suplemento.)



25.—Cuello para niños pequeños.
(Explic. y pat., núm. XIII, figs. 31 y 32 de la Hoja-Suplemento.)



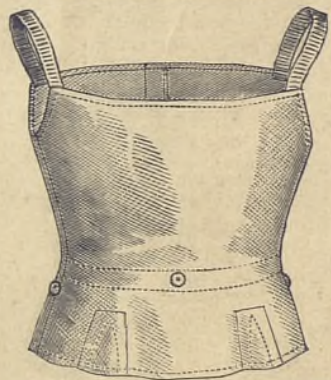
29.—Camisa para niñas de 4 á 6 años.
(Explic. y pat., núm. VII, fig. 21 de la Hoja-Suplemento.)



26.—Puño para niños.
(Explicación y patrones, núm. XVI, fig. 37 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Puño para niños.
(Explicación y patrones, núm. XV, figs. 35 y 36 de la Hoja-Suplemento.)



30.—Corpiño para niñas de 6 á 11 años.
(Explic. y pat., núm. VIII, figs. 22 á 24 de la Hoja-Suplemento.)

que te quiero con toda mi alma—dijo Aixa, sentándose sobre sus talones y colocando su cabeza y sus brazos sobre las rodillas de Leila, que se había acercado á ella.

—¿Qué talisman tienes en tí para atraerme de este modo?—dijo Leila, pasando cariñosamente su mano por las negras trenzas de su amiga.
—¿En qué consiste que es preciso adorarte cuando se te conoce?

—Sin duda porque todo el mundo es bueno.

—Al contrario, todo el mundo es malo—replicó Leila bruscamente;—pero se va haciendo tarde, y hay que olvidar que hay alguien que cuenta los minutos de tu ausencia. Ven.

Las dos jóvenes se levantaron y tomaron el



31.—Camisa de vestir para niños de 10 á 12 años.
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



32.—Camisa de dormir para niñas de 10 á 12 años.
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



33.—Camisa de dormir para niños de 10 á 12 años.
(Explic. y pat., núm. XXII, figs. 55 á 61 de la Hoja-Suplemento.)

camino de Beit-Léhem. Por mucho rato caminaron en silencio á lo largo de una estrecha senda trazada sobre la blanca arena por una hilera de cactus, cuyas hojas espinosas defienden contra los pasajeros la flor delicada y llena de perfume; de pronto se paró Leila debajo de una soberbia

palmera, y poniendo su mano sobre el brazo de su amiga le dijo:

—¿Qué hacías en aquella casa de las Madres de la Bondad?

Aixa sintió subirle los colores á la cara bajo la mirada investigadora de su compañera.

—Trabajaba—respondió—y aprendía á oír hablar á los libros.

—Está bien; pero ¿sabes lo que decían aquí?

—No; ¿qué decían?

—Que las Madres de la Bondad te iban á guardar consigo; que ibas á renunciar á nuestro señor Mahoma y besar los pies de Isa (1).

—¿Eso es lo que han dicho?

—Sí; ¿es cierto?

—¿Quién lo ha dicho?

—Todo el mundo.

—¿Ibrahim también?

—Ibrahim ha dicho que tú no te separarías jamás de él por tu voluntad, y que si te obligaban á ello, pegaría fuego al convento.

—¡Ah! Le reconozco en esas palabras—exclamó Aixa con ojos brillantes de orgullo. Después continuó pensativa.

—En el convento no obligan nunca á nadie.

—¿Por qué te has quitado el signo que tenías al lado de los labios? (2).

—¿No se está así tan hermosa como con él?

—No basta estar hermosa; es menester serlo

(1) Jesucristo.
(2) Adornos con pintura azul, que se pintan en este sitio las musulmanas de la Palestina.



34.—Fichú de muselina de seda y encaje. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



37.—Manteleta de terciopelo labrado. Espalda. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



39.—Abrigo de paño de otoño. Espalda. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



36.—Fichú de más y encaje. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



41.—Abrigo de otoño, de raso liso y brochado. Espalda. (Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 5 de la Hoja-Suplemento.)



38.—Manteleta de terciopelo labrado. Delantero. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



35.—Fichú de gasa de seda y encaje. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



44.—Vestido de raso y cachemir. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

45.—Vestido para niñas de 4 á 6 años. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

46.—Vestido de faya y cachemir. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

47.—Paletó para niñas de 3 á 5 años. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



40.—Abrigo de paño de otoño. Delantero. (Explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.)



43.—Cuello esclama de muselina, encaje y cinta. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



42.—Abrigo de otoño, de raso liso y brochado. Delantero. (Explic. y pat., núm. 1, figs. 1 á 5 de la Hoja-Suplemento.)



48.—Vestido de sural con bordado. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

49.—Traje para niños de 8 á 10 años. (Explic. y pat., núm. XVIII, figs. 39 á 46 de la Hoja-Suplemento.)

50.—Vestido de lana lisa y lana de cuadros. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

como las de su raza. ¿Y los anillos de las gargantas de los piés? No los oigo sonar.

—Aquí los tengo.
—¿Dónde?
—En mi bolsillo.
—¿Ya no los quieres llevar donde todas?
—No.
—Muy mal hecho..... ¿Y tu collar de perlas de Hebron? Aixa entreabrió su *masarah* (1) y enseñó á su compañera un collar de cuentas de vidrio azul, que daba dos vueltas al cuello y caía sobre el pecho.

—Si, ése le llevas siempre; como que es Ibrahim quien te lo dió.
—Si.
—¿Y no has dejado nunca de llevarlo?

Aixa no respondió; se lo había quitado al entrar en el convento, y sólo se lo había vuelto á poner el día en que su amiga la estaba interrogando.

Poco despues las dos jóvenes llegaron á las puertas de la ciudad, donde dos ancianos, sentados bajo un sicomoro, estaban conversando como en los tiempos de Abraham y de Jacob.

—Por ahí no—dijo Aixa oyendo las lamentaciones de un coro de *plañideras* que seguían el entierro de un griego; —por ahí no; esas mujeres me dan miedo.
—Te has vuelto demasiado tímida—la dijo Leila levantando desdeñosamente los hombros.

—Es porque presiento una desgracia—respondió Aixa. Se dirigieron por otro lado y entraron en Beit-Léhem por la Puerta de David. Cinco ó seis muchachas, sentadas en la azotea de una casa, á que daba sombra una enorme higuera, gozaban allí el fresco de la tarde.

—Esa es Aixa—dijo una de ellas.
Todas echaron á correr á la puerta, y despues de saludarla con mil cariños, la acompañaron á casa de su tío. La puerta estaba entreabierta; Aixa la empujó y entró. Dos hombres estaban sentados en el *selam* ó sala de recibimiento, hablando bajo, y ni uno ni otro notaron la llegada de la recién venida. Aixa se acercó, y uno de ellos le alargó con indiferencia la mano, que ella llevó respetuosamente á sus labios. Este era su tío, y el otro el *seikh* ó jefe Yacub.

Despues de esto, ambos continuaron hablando, y al poco rato Yacub se levantó y dirigió, al pasar, una mirada á Aixa, que, al verle, había ocultado vivamente su rostro con el velo.

—Ha de ser—dijo el tío acompañando á su amigo hasta la puerta;—lo he prometido; que el Profeta me escuche.

Aixa sintió recorrer todo su cuerpo una sensación que los árabes llaman, como nosotros, la muerte *chiquita*.

El tío volvió á entrar, y dirigiéndose á Aixa, dijo:

—Ya sabes lo que he resuelto.
—¿Qué?
—Fingete la ignorante; todas sois lo mismo. Yacub quiere casarse contigo; ¡ya ves qué honor para nosotros!

—¿Para mí no!
—¿Para todos! Tú serás el precio de la paz.
—Y de la viña de Hebron—murmuró Aixa.

El tío hizo como que no había entendido la amarga ironía de estas palabras, y no contestó.

Aixa, acompañada de su esclava, se retiró á su habitación; el anciano Emin, así se llamaba el tío de Aixa, encendió de nuevo su pipa y se acurrucó silenciosamente, sobre una pila de almohadones, en un rincón de la solitaria sala.

Aixa no durmió casi nada aquella noche. La imagen de Ibrahim pasó por sus sueños; los recuerdos del convento de Jerusalem le volvieron más intensos que ántes, comparando aquella bondad afectuosa, aquella gracia simpática, aquellos cuidados tiernos y asiduos que había encontrado en las monjas, con el frío egoísmo de su tío.

La pobre comparaba, y su juicio no era favorable á este último.

Al día siguiente, una de las matronas de la tribu fué á verla muy de mañana, y la dijo:

—Ya sabes, hija mía, que nuestra suerte está en tus manos.

Aixa la miró sin contestarle.

—Ya sabes—continuó la anciana—que la segunda tregua espira dentro de tres días; no han podido entenderse; la guerra va á empezar de nuevo, y pronto volverá á hablar la pólvora.

—¿Qué puedo hacer yo para impedirlo?
—Te advierto que no seremos los más fuertes.
—¿Pobre de mí!

—No hay más que un medio de desarmar á los partidarios de Abon-Gosch; cástate con su jefe.

—¿Nunca!
—Cástate con él, y todo se arregla—continuó la matrona como si no hubiera oído la respuesta de Aixa. La paz es entonces cosa hecha; las madres te bendecirán, porque les salvarás sus hijos; las jóvenes te adorarán, porque les volverás sus esposos.

—Si, y yo pierdo así el mío.
—Si, por el contrario, te casas con Ibrahim, estamos todos perdidos, y tú y él con todos nosotros. Ya sabes cómo se hacen nuestras guerras, y que una vez los Abon-Gosch han ido á sacar una mujer hasta de la casa del Cónsul de Francia (2).

—¿Qué infeliz soy!—exclamó Aixa dejándose caer sobre los almohadones.
Todo lo que la matrona decía era la pura verdad. Yacub era el hombre más influyente de todos los de su tribu, y podía suspender ó precipitar la guerra. Estaba enamorado de Aixa, y no había perdonado medio para ganarse su familia; sabía que Aixa amaba á Ibrahim, el hijo del jefe de la tribu enemiga; esto le tenía furioso de celos, y ya se sabe cuán terrible es toda pasión bajo el cielo ardiente de Asia. Vencido por el deseo, contenido por la esperanza, había hasta entonces temporizado con la tribu del monte-San Juan; pero si Ibrahim triunfaba de su rival, éste se-

ría terrible, y sus enemigos debían temerle todo de él. Aixa se quedó sola, reflexionando profundamente sobre lo que acababa de oír, cuando llegaron á sus oídos los acentos de una voz fresca y alegre, que decía:

—Aixa, abre; soy yo; tu esclava se ha ido, ya lo sé; pero es preciso que te hables.... Soy yo.

—¿Quién eres?—respondió Aixa llorando.

—¿Quién he de ser, Kalaa!

—¿Kalaa! ¿La hermana de Ibrahim?

Aixa abrió la puerta y cogió á la niña en sus brazos.

Kalaa tenía apenas diez años; su gorrita encarnada, puesta de lado sobre su cabeza, dejaba escapar por debajo de ella una rica cabellera negra, trenzada con zequies de oro y piastras de cobre; su boca pequeñita sonreía inocentemente, y sus ojos brillaban como dos diamantes negros. Así que entró se sentó á la manera árabe, puso una de sus manos en las de Aixa, y con la otra se puso á jugar con los cabellos de su amiga.

—¿Calla, has llorado!—dijo de pronto la niña mirando fijamente á Aixa.—¿Por qué has llorado?

—¿Yo? ¿Que he llorado? ¿Y por qué había de llorar?

—Si, has llorado, y todavía tienes las mejillas húmedas.

Y Kalaa se levantó al decir esto y enjugó con su manecita dos lágrimas que se desprendieron de los ojos de la pobre Aixa.

Esta, entre tanto, miraba á la niña sin atreverse á preguntarle por Ibrahim.

La mujer de Oriente no debe nunca pronunciar el nombre de un hombre, sobre todo el nombre del hombre que ama; pero Kalaa la dijo bajito:

—Te advierto que alguien irá esta noche á la tumba de Raquel.... y dicho esto, se fué andando sobre las puntas de los piés, y ligera como un pájaro.

—¿Volverle á ver!—pensó Aixa—¿volverle á ver! ¿Y para qué, si no puedo ser suya sin causar la ruina de los míos?.... No, no iré.

III.

La tumba de Raquel está situada sobre una eminencia, en el camino de Efratá. Una columna fúnebre la señala al viajero. Raquel es una de las más dulces figuras de mujer que presentan las grandes relaciones de la Biblia, y de su nombre se exhala tan dulce encanto, que se comprende que los ancianos de Israel hayan escrito sobre su tumba cuando fué descubierta:

«Aquí yacen la belleza y la ternura.»

Los árabes reverencian, como nosotros, esta encantadora y graciosa memoria.

A Aixa, á pesar de su resolución, se le figuró el día más largo que de costumbre, y así que empezó á anoecer se dirigió al *Campo de los Pastores*, donde apareció el coro de ángeles la noche de Navidad, cantando su cántico inmortal: *¡Gloria á Dios en las alturas!*, y fué á sentarse al pie de la misma tumba; cubrió su rostro con el *torghot* (3) de crin negra, que se le había desarreglado andando; echó el velo sobre sus ojos, y aguardó.

De repente se levantó al descubrir un jinete que se dirigía hacia ella por el camino del monte San Juan. Venía montado sobre un hermoso caballo árabe, cuyo galope levantaba una nube de polvo; el *mojlab* (4) del jinete flotaba sobre la grupa, y las vueltas de su *hufih* (5) de mil colores rodeaban su cabeza como un arco iris. Al llegar á unos pocos pasos de Aixa detuvo bruscamente su caballo, que plegó sobre sus jarretes, saltó á tierra, pasó la brida alrededor de la pata izquierda del animal, y se adelantó. Cuando estuvo á tres pasos de Aixa, llevó su mano á la frente, puso la otra sobre su corazón, é inclinándose gravemente, murmuró con voz baja y conmovida:

—¿Aixa!

—¿Ibrahim!—respondió ésta, aun más conmovida.

—¿Al fin te veo, Aixa! ¿Qué miedo tenía de que no vieras!

—¿Y por qué no había de venir?

—¿De algún tiempo á esta parte parece costarte tanto trabajo hacer lo que te pido!

—¿Por qué me pides lo que no es posible hacer?

—¿Te chancas, Aixa?

Y despues de un momento de penoso silencio, continuó:

—Aixa, yo siempre te amo con toda mi alma.

—Bien lo sé, Ibrahim.

—¿Y tú?—continuó éste, llevándose á sus labios la punta del velo de Aixa—¿y tú me amas todavía?

—Si no te amase, ¿descubriría mi rostro delante de tí?

—Es verdad—respondió Ibrahim queriendo cogerle las manos, que Aixa retiró dulcemente.

—¿Qué triste estás, vida mía!—dijo Ibrahim con su más dulce voz y sentándose á sus piés.

—¿No son bastante desgraciados nuestros hermanos para que yo esté triste?

—¿El Profeta me perdone! Pero yo olvido, mirándote, todas las desgracias de este mundo.

—¿Pero no somos los dos solos en la tierra, Ibrahim!

—Para mí, si tú quisieras, tú sola y el desierto.

—¿Es eso posible?

—Huyendo juntos lejos, muy lejos, acabaríamos por vivir solos y el uno para el otro.

—Por muy lejos que fuéramos, el ruido del combate llegaría hasta tí, y volviendo tu mirada de la mía, dirías: «El día del peligro he huido; he huido por ella.... Maldita sea la raza de la mujer; ya no soy un hombre.»

—Aixa, cállate, porque vas á mentir. ¡Escucha! Hace tiempo que vivo para los demás; quiero al fin vivir para mí. ¿Qué me importan sus querellas? ¿Las he motivado yo por guardar mi vida ó por defender mi cosecha de Dourah? Quiero al fin ser libre, libre como Ismael, el fundador de mi raza.

Ibrahim se paró un instante, y despues continuó:

—No trates de engañarme; lo sé todo; te quieren vender al viejo Yacub, y estoy seguro que eres el precio de

algun trato vergonzoso; pues no, lo juro por *El Boraj*, la yegua de cascos blancos que llevó el Profeta al Paraíso; no, eso no sucederá.

Ibrahim, que se exaltaba más y más, estaba ebrio de cólera; agarró las manos de Aixa y las estrechó con fuerza contra su pecho. La pobre niña procuraba calmarle á fuerza de lágrimas y de súplicas.

—Si—continuó Ibrahim—ese Yacub, ese hijo de Eblis (6), ese genio malo de mi raza, él es, lo sé, quien mató á mi padre, ¡y á mi quiere ahora quitarme la que amo! Pues bien, que venga á buscarla;—y con un movimiento rápido como el relámpago rodeó á Aixa con sus brazos.

Aixa le rechazó suavemente.

—¿Temes la cólera de los otros! teme tambien la mía; no expongas los tuyos á mi venganza; si te casas con Yacub, yo me encargo de las antorchas nupciales.—Cálmándose despues poco á poco, y arrodillándose delante de ella.

—Cede—la dijo—Aixa querida; ¿ves allí, á lo lejos, esas cumbres azuladas? Son los montes Moabs.... Esa brecha, entre las blancas rocas, es la puerta del infinito....; detras está el Desierto; nuestro imperio, los arenales sin fin; la valla que ningún enemigo puede traspasar.... una tumba para todos.... Para nosotros, un dulce retiro; porque yo sé el sitio en que Allah ha escondido el oasis, siempre verde, y el arroyuelo que no se seca jamas. Pocas horas son precisas para llegar á ese lugar de reposo y de delicias, y tú eres leve carga para la grupa de Setim!

El caballo, al oír su nombre, relincho alegremente y sacudió su hermosa crin plateada, que casi llegaba al suelo.

Ibrahim puso sobre el tembloroso brazo de Aixa su mano nerviosa y fuerte, y señalándola con la otra el Desierto, la dijo en voz baja y persuasiva:

—Ven, ven.

Aixa cerró los ojos. No queria ver aquel sueño dichoso; no queria oír aquella voz tentadora, que tomaba el acento de la voz querida, porque se sentía vacilar; pero recordando á qué precio le sería preciso pagar aquella dicha, y cuánta sangre y cuántas lágrimas iban á correr por su causa, rechazó débilmente á Ibrahim y se agarró á la tumba de Raquel, comprimiendo los sollozos que le ahogaban, con esa energía suprema que la mujer halla en sí en todas las crisis de la vida.

—Detente, Ibrahim—dijo—soy cristiana.

El rayo, cayendo á su lado en un día claro y sereno, no hubiera producido mayor estupor en Ibrahim que el que produjeron en su alma estas últimas palabras de Aixa.

—¿Cristiana!.... ¡Cristiana!....—murmuró con voz sorda.

—¿Maldito sea el vientre de mi madre! ¡Tú cristiana! ¡Ah, me engañas! ¡Aquí hay algun horrible misterio....; pero tú no eres cristiana!—Y de repente, mirándola de hito en hito,

—¿Dónde está el collar de Hebron que te di? ¿Y la piedra azul sobre la cual hice grabar el talisman que hace amar? ¡Ah, infeliz, el encanto está roto; todo ha concluido!....

Y sin añadir una palabra más, sin mirar á la pobre criatura, fria como un mármol, pálida como una muerta, Ibrahim se puso de un salto á caballo, lo volvió hacia el Este, y tomando el camino del mar Muerto y de las abrasadoras llanuras de Jericó, desapareció á escape por entre aquellas elevaciones de arena, parecidas á olas encrespadas, pero inmóviles, y que ondulan aquella vasta extension.

Aixa se quedó contemplando aquella huida repentina y furiosa, con la mirada vaga del que sale de una pesadilla. A poco sintió que le tiraban suavemente del vestido; miró á sus piés y vió que era el perro de Ibrahim, uno de esos grandes lebreles que alcanzan al gamo en su carrera más rápida, y por los que los árabes se apasionan tanto como por sus caballos. El noble animal estaba echado delante de Aixa, y había colocado su cabeza, fina é inteligente, sobre sus rodillas, fijando en su rostro sus ojos inquietos y dulces, como pidiendo una caricia y como si repitiesen «ven», como lo había hecho Ibrahim.

Aixa acarició al hermoso animal, volviendo la cabeza á otro lado; el perro se alejó unos pasos; volvió la cabeza hacia el Desierto, dió un aullido lastimero, volvió otra vez al lado de Aixa, y viéndola inmóvil, se lanzó sobre las huellas de su amo.

—¿Todo lo que amaba se va!—murmuró la pobre niña—y apoyando su frente sobre la piedra fria del sepulcro, lloró amargamente. El frio de la noche la reanimó. Se levantó temblorosa, miró al cielo y á las nubecillas ligeras, débilmente alumbradas todavía por el crepúsculo, que se parecían á inmensos ramos de lilas esparcidos sobre el azul oscuro del firmamento, y haciendo un esfuerzo, se alejó de aquel sitio rápidamente; se detuvo algunos instantes en el lugar que se llama hoy el *Pozo de los Magos*; contempló en el horizonte las blancas murallas de Beit-Léhem, y se dirigió hacia el Norte.

IV.

Algunas semanas despues, de vuelta de una rápida excursion á la Arabia, volví á pasar por Jerusalem para venir definitivamente á Europa. Quise despedirme de sor Emilia, y como era conocido en el convento, la tontera, una negra vieja, me dejó pasar sin dificultad. Me metí por un laberinto de corredores, y al fin llegué á la clase, donde tenia costumbre de estar la hermana Superiora.

Lo primero que llamó mi atención al entrar en aquella gran sala fué una novicia sentada en el hueco de una ventana, y que estaba encargada de vigilar los trabajos de costura. Su velo no era más blanco que su cara, y así que la vi se me figuró encontrar en ella un parecido con un rostro que yo conocia.

—Ya lo ve V., es ella—me dijo sor Emilia, devolviéndome mi saludo.

—¿Aixa?—respondi sorprendido.

—No; ya Aixa no existe: sor Noemi.

—Noemi quiere decir hermosa; pero ¡qué cambiada está!—dije en voz baja á la Superiora.

(3) Especie de máscara de crin que cubre completamente la cara de las moras.

(4) Manta árabe: albornoz.

(5) Velo flotante de varios colores, que forma el turbante.

(6) El diablo.

(1) Velo azul que llevan las mujeres de Beit-Léhem.

(2) Este hecho pasó en Setiembre de 1853.

—Si, un poco; pero ya está mejor ahora. Sor Noemi —añadió volviéndose a la novicia:—ya habéis trabajado bastante, hija mia; id á la azotea con las niñas; va cayendo la tarde, y el fresco os sentará bien: andad.

Noemi se levantó y entregó su tarea á la Superiora. La pobre niña estaba pálida, y sobre sus mejillas se veían dos rosetas del peor augurio: pasó por delante de nosotros, y todo en ella respiraba un dulce perfume de resignacion y de paz profunda.

—Ya ve V. que ha vuelto—me dijo la Superiora.

—Si; pero ¡cómo!.....

—Ya se ve que es V. un hombre mundano y que no conoce la paz de Dios.

—No hablemos de mí, hermana mia; hablemos de Noemi.

—Su vuelta ha sido conmovedora—repuso sor Emilia.—Una mañana me llamaron al locutorio. En él vi una pobre muchacha extenuada de fatiga y cubierta de polvo. Era Aixa.

—Madre mia—me dijo—vuelvo á vos, y esta vez para no separarme nunca.

—Eso ya lo veremos, hija mia—le respondí.—Por el pronto es preciso que descanséis; vuestra celdita os está esperando.

—No, madre mia, es cosa resuelta; y si no, mirad.

• Y la pobre me enseñó las dos trenzas de su hermoso cabello, que habia cortado.

Al oír esto no pude contener un movimiento de dolorosa sorpresa.

Sor Emilia lo notó, y me dijo:

—Bien se ve que es V. un digno hijo del siglo en que vive. Nosotras no sentimos esa lástima mundanal que usted acaba de mostrar, y algunos dias despues cubrimos aquella hermosa cabeza rapada con el velo de las postulantes. Hoy la novicia Noemi de los Angeles es un ejemplo de santidad en el convento.

—Y V., sor Emilia—dije yo mirándola atentamente:—¿qué piensa V. de la vocacion de Aixa, ó de Noemi?

—¿Lo que pienso? que Dios es tan bueno, que sabe recompensarnos áun de nuestros deseos, y que, tarde ó temprano, acaba siempre por llamar á su seno á aquellos de los que no era digno el mundo.

X.

LA VIDA REAL.

APUNTES PARA UN LIBRO.

XIII.

Lucía á Luisa.

París, Octubre de 1876.

No te engañaban tus presentimientos, mi tierna y previsora amiga..... ¡La clara luz de tu razon te hacía ver claro, y á mí la poesia y el idealismo de mi organizacion de artista me ocultaban la verdad!.....

El lugar en que está fechada esta carta, en vez de sorprenderte, te hará comprender, no toda la terrible verdad, sino que algun infausto suceso ha tenido lugar en mi vida; es muy cierto..... ¡Por espacio de cinco meses me he dejado amar por un hombre casado! Amar he dicho... y he profanado esa santa y sublime palabra; no, no he sido amada! ¡He servido de entretenimiento al hastio de un hombre cansado de la dulce monotonía del hogar; he sido la triste víctima de un engaño y me veo degradada á mis propios ojos por haber sido tan crédula y tan necia!

Perdóname, Luisa, este extravío, de que soy inocente; mi desdichada y fatigosa vida, dedicada á un duro y asiduo trabajo, sin otra compañía que la de mi madre, ser bueno é inofensivo, pero que no me sigue ni en el vuelo de la imaginacion ni en la cultura de las ideas, mi solitaria vida me hacía ansiar alguna compañía moral para mi espíritu, y creí, en efecto, encontrarla.

La misma ofendida esposa vino á mi casa, y desgarró con mano brusca, pero no irritada, el velo que cubria mis ojos; traía un retrato, y me encargó que le sacase una copia en tamaño mayor; era de él..... ¡de Diego! Al oírle decir que era aquél su marido, toda la sangre afluyó á mi corazon, y caí sin conocimiento, con el retrato en la mano.

He tenido una fiebre cerebral que me ha durado quince dias, y durante la cual mi pobre madre ha hecho prodigios de abnegacion: ¡oh, Dios ha castigado la soberbia de mi espíritu, por creer á mi madre inferior á mi en inteligencia! ¡Por prosaicos que sean nuestros padres, no hay amparo más dulce y más verdadero que el suyo, no hay talento en el mundo que iguale á su amor; y el amor es lo que da ricos y sabrosos frutos, en tanto que la inteligencia sólo sirve para alumbrar con sus rayos todas las inmensas y várias desolaciones de la vida!

Si, Luisa; seamos humildes y agradecidos de corazon para nuestros padres, y amémoslos como á lo mejor para nosotras de todo lo que hay en la tierra.

¡Muy desgraciada soy! ¡Toda la ternura, y es mucha, que cabe en mi corazon la habia dedicado á ese hombre!..... y hoy, rotas todas las esperanzas de mi amor, léjos de mi patria, en tierra extranjera para mí, donde me ha conducido la mano piadosa de mi madre, y la más piadosa todavia de la esposa á quien, sin saberlo, ofendi, siento el vacío debajo de mis piés, y me parece que me falta el aire para respirar, y la luz para los ojos, que sólo ven tinieblas y amargura!

¡Oh, Luisa! ¡Si supieras cuánto queria yo á Diego! ¡Sólo al verle me parecia que entraba en toda mi alma una como plenitud de vida! ¡Mi ánimo, fatigado por los arduos cuidados de la existencia, pues, sin ser esposa ni madre, tenia que proveer con mi trabajo á todas las necesidades de la mia, descansaba, y el eco solo de su voz me inspiraba confianza y fortaleza! ¡Qué hermosa, qué noble y varonil era su figura, y digo era, porque para mí ha muerto! ¡Qué distinción tan grande! ¡Qué melancólica dulzura en sus ojos,

que parecian implorar el amor y la confianza! ¡Poco á poco, y sin saberlo yo misma, habia ido haciéndole dueño absoluto de mi vida y de mi pensamiento, para hallarme de repente y para siempre en la más espantosa soledad!

A nada de lo que han exigido de mí he opuesto objecion ninguna: la esposa de Diego, de acuerdo con mi madre, ha ordenado todos los pormenores de mi viaje; esta señora es muy bella y muy buena: dotada de una arrogante figura, alta, torneada, con aspecto que dice muy claro estar dotada de fuerza fisica y moral, á mi me causa como una especie de temor, y pareceo á su lado una muñeca de biscuit, aunque ya sabes que no soy pequeña de estatura; pero soy tan endeble como ella es fuerte y robusta.

Al llegar á París, nos esperaba un caballero muy elegante y muy parecido á Diego; nos dijo ser D. Roberto Benavente, hermano mayor de aquél, y que ya nos tenia preparada habitacion; y en efecto, nos condujo á la calle de Provenza, y nos instaló en un bonito entresuelo, amueblado con mucha sencillez, pero con muy buen gusto.

Consta de dos pequeñas piezas, con un gabinete de tocador la última, de dos cuartos interiores en un pasillo, y de una cocina sumamente reducida.

—La comida—dijo el Sr. Benavente—la traerán de un restaurant cercano; están pagados seis meses de alimentos y habitacion.

—Mañana, caballero, arreglarémos cuentas—dijo mi pobre madre con la frente cubierta de un rubor doloroso.— ¡Pobre madre! ¡Deber el techo que la abriga y el pan que ha de alimentarla, á la familia del hombre que tanto daño ha causado á su hija! ¡Ah, yo comprendí bien la dolorosa expresion de su semblante!

Despues de una pausa continuó:

—Mi hija y yo tenemos algunos ahorros, que nos servirán para los primeros gastos, y despues trabajaremos..... ¡Oh sí, caballero, trabajaremos!—añadió, conteniendo la protesta de su interlocutor;—en Madrid lo hacíamos tambien, porque Dios nos ha quitado los bienes que nos dió, y debemos humillarnos ante su voluntad.

¡Cuando quedamos solas, me arrojé llorando en los brazos de mamá; ella tambien expatriada por mi culpa..... y á su edad! Le pedí perdon arrodillándome á sus piés, y ella me levantó con ternura, y me dijo que, léjos de culparme, sólo deseaba dulcificar mi desgracia.

—Ya te diré lo que hago, Lucía; quiero trabajar mucho para olvidar: daré lecciones de español, de música, de italiano y de dibujo. Dios me ayudará, y mi madre no carecerá de nada, siendo esto un bien para mi corazon desgarrado.

Adios, mi buena Luisa; escribeme tú, que bien lo necesita tu—Lucía.

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

(Se continuará.)

FLOR DE AZAHAR.

ROMANCE.

Blanca, la de hermosa cara,
La que llaman «Flor de Azahar»,
Asomada está en la almena
De su castillo feudal.
Manan lágrimas sus ojos,
Que el rostro surcando van,
Y dentro su triste seno
Siente al corazon saltar.
«Ingrato—dice—inhumano,
¡Ay! ¿en dónde, en dónde estás?
¿Por qué no vienes? ¡Dios mio!
¿No te acuerdas de mí ya,
O es que otro amor envidioso
De mí te ha hecho olvidar?
Vuelve, vuelve, caballero,
Do te espera ya mi afán;
Mira que el sol en los montes
Muy pronto se traspondrá.»
Entonce sus tristes ojos
Enjuga blanco cendal,
Y vuélvelos al Oriente
Que su pena ha de calmar;
Pues si viene el caballero,
Por el Oriente vendrá.

Ya el sol oculta sus rayos;
Con ellos la claridad;
Y el castillo, el monte, el valle,
Oscureciéndose están.
Corre el céfiro ligero
Con leve susurro, y va
Tenue rozando las hojas,
Que le arrullan al pasar.
Allá, tras de una colina,
Que frente al castillo da,
Una sombra se divisa,
Que adelanta más y más.....
Es un guerrero, jinete
Sobre un soberbio alazan,
Negro como el azabache
Y brioso sin igual,
Fiel y obediente á la mano
Que bien le sabe guiar.
Sigue el caballero rápido
En su marcha, y ya detras
Va dejando la colina,
El bosque, el rio, y está
Tan inmediato al castillo
Do vive la Flor de Azahar,
Que sólo le impide verla
La ya densa oscuridad.
Aguja el garzon su potro
Para que galope áun más,
Y el bravo corcel, sentido,
Galopa con ansiedad.
Entonces, por un momento,

La luna muestra su faz
Entre las espesas nubes,
Que quiérenla aprisionar,
Como envidiosas, sin duda,
De su hermosa claridad;
Y á su luz, la fiel doncella,
Que mira el grupo volar,
Entre risueña y llorosa,
Se pregunta:—¿Si será
Aquel mi bello mancebo;
Si aquél será mi galán?.....
Llega el jinete al castillo;
Ya bajo su almena está.....
—Sal, mi Flor..... Sal, amor mio,
Y aquí tu amante verás.....
Grita el joven caballero
A su amada; y Flor de Azahar,
Que ya no duda, desecha
Su inquieto y terrible afán,
Y hácia su amante se inclina
Desde la almena do está.
—¡Salud, mi querido dueño!
Dice Flor:—¡Garzon leal,
Si vieras cuánto he sufrido!.....
Creí me olvidabas..... ¡Ah!
No pronuncies tal palabra;
¿A tí olvidarte?..... ¡Jamás!
—Exclama el joven guerrero
Con acento angelical.
—¡Ay! Otra la causa ha sido
Que de tí me va á apartar.....
—¿Qué dices?—pregunta Flor,
Sobrecogida.—¿Que vas
De mí á separarte?..... ¡Oh, nunca!
—¡A Dios pluguiera!..... ¡Ojalá!
El hado, Flor, lo ha querido,
Y mi remedio es callar.....
—Contesta el tierno mancebo,
Ahogando un suspiro tal,
Que de sus ojos las lágrimas
Brotando dolor están.
—Dime, ¿á dónde, mi querido,
A dónde, dime, do vas?.....
—Voy á la guerra de Flándes,
Por el Rey á pelear,
Y á tí te dejo, Flor mia;
¡Ay, triste fatalidad!.....
—No temas, mi buen guerrero;
Vés á la guerra, vé allá.....
Toma mi blanco pañuelo,
Dó mis lágrimas están;
Que con ellas mis amores
Y mi imágen llevarás.....
Mientras dentro de mi seno
Tu cariño, grato y leal,
Ampararé, mi guerrero,
Que Flor no olvida jamás.
—Hermosa del alma mia,
Valor tu acento me da.....
Voy á los campos de Flándes,
Por el Rey á pelear:
Tu amor será mi bandera;
Mi enseña, el blanco cendal
Do llanto de amor tus ojos
Han sepultado en él ya.....
No temo marchar á Flándes,
No lo temo, Flor de Azahar;
Que, aunque me ves partir solo,
En mi corazon tú vas.
—¡Adios, mi amor, mi guerrero!
—¡Adios, amada deidad!
¡Voy á la guerra de Flándes,
Por mi dama á pelear!—
Y aguja el amante mozo
A su fogoso alazan,
Que parte como una flecha
En medio la oscuridad.....
Y allí, en su castillo, queda
La blanca Flor de Azahar,
Que mira cuál ya se aleja
El grupo, entre ansia y afán,
Y un ¡adios! tierno le envia,
Y un suspiro virginal,
Mientras una lágrima triste
Su rostro surcando va.....

¡Pobres amantes!..... Y ¿cuándo,
Cuándo ya ¡ay! se verán?.....
¡Que va el caballero á Flándes!.....
¡Dios sabe si volverá!.....

JULIO DE SIGÜENZA.

CORRESPONDENCIA PARIENSE.

SUMARIO.

A París me vuelvo.—Una causa célebre.—Curiosidad feroz.—El olor de la sangre.—Los versalleses.—Un desafío interrumpido.—El gendarme maestro de armas.—La fuerza de la costumbre.—El bandolerismo en pleno París.—Un extranjero valeroso.—La Sociedad de los cocineros.—Escuela profesional de cocina.—Exposicion de las Artes decorativas.—La cama de María Antonieta.—La cama de la Emperatriz Josefina.—La cuna del Rey de Roma.—Despotismo de los caseros.—Una idea de yankee.

Héme aquí de regreso en la capital, en compañía de las parisienses hastiadas del mar, de las montañas, del campo y de los casinos de las estaciones balnearias; hastiadas, sobre todo, de este tiempo abominable, que nos ha robado —permítaseme la expresion— un verano entero.

París, áun mojado, semejante al amor de Anacreonte, tiene un atractivo poderoso para quien ha estado privado algun tiempo de sus incomparables encantos.

Poco ó nada de nuevo y de bien interesante nos ofrece, sin embargo, en la época actual.

La célebre causa del boticario Fenayrou, terminada quince días há por una sentencia de muerte y dos condenaciones á cadena perpétua, está ya casi enterrada en la memoria de este público parisiense, sediento de novedades.

Pocas causas han desencadenado en grado tan eminente, entre ciertas clases que llaman elevadas, una curiosidad que no vacilaré en calificar de feroz.

Se ha hablado de más de seis mil peticiones de entradas dirigidas al Presidente del tribunal de Versalles, donde el proceso se ha juzgado. ¡Seis mil personas que se disputaban el privilegio de asistir á la representación de una escena de carnicería! Contemplar los actores de la gran matanza de Chatou, ¡qué dicha, qué placer!

La naturaleza humana descubre, en ciertos momentos, instintos de fiera. El olor de la sangre nos atrae como á verdaderos chacales.

Y lo más extraño y desconsolador es que las competencias femeninas eran en esta ocasion las más ardientes, y se cuenta de cierta gran dama que habria provocado una crisis ministerial si no le hubieran permitido contemplar las facciones de la miserable farmacéutica, causa principal de la catástrofe, é instigadora, segun creen algunos, de la feroz venganza del marido.

En cuanto á los habitantes de Versalles, esta solemnidad de nuevo género ha dado un poco de animación á sus calles abandonadas. La muchedumbre de curiosos parisienses que, durante tres días, ha invadido la muerta ciudad de Luis XIV, inspiró á un indígena la siguiente reflexión, no muy lisonjera para los padres de la patria.

—Diriase casi un día de sesion solemne de la época en que poseíamos las Cámaras.

Se ha hablado mucho últimamente de un desafío entre dos periodistas muy conocidos, cuyo duelo fué interrumpido por la llegada de los gendarmes.

El baron Taylor, que era un narrador de mucho ingenio, fué en su juventud el héroe de un duelo análogo, cuyas peripecias nos contaba un día.

La causa del desafío era una disputa insignificante. Cierta amiga oficiosa habia avisado á la policía, que intervino en el momento oportuno bajo la forma de un gendarme.

Pero héte aquí que el buen gendarme, que habia sido maestro de armas de un regimiento, queda sorprendido, en el momento en que iba á interponerse entre los combatientes, por su destreza en el manejo del florete.

La admiración lo deja sin movimiento. —¡Vive Dios!— exclama entusiasmado;—¡qué magnífica parada!..... ¡Vamos, ataque V. en tercera!..... Perfectamente. ¡En guardia otra vez!..... A fondo: ¡una, dos!.....

En una palabra: el representante de la autoridad, en vez de obedecer la consigna, se puso á dar á los adversarios una leccion de esgrima, intercándola de ¡bravos!, de ¡muy bien!, de ¡admirable!

La fuerza de la costumbre.

Las calles de Paris siguen siendo el teatro de las proezas reiteradas de amables bandidos, que, si continúan así las cosas, no tardarán en arrojarse sobre los transeuntes en medio del día.

Ultimamente, un extranjero, de paso aquí y que estaba encargado de dar informes sobre un conocido, escribia á su corresponsal de Florencia:

«La persona en cuestion es un hombre de un valor á toda prueba. Se recoge á las once de la noche y no permite que nadie le acompañe.»

El caso era efectivamente honroso para el extranjero, pero no tanto para la policía parisiense.

Una buena noticia para los gastronómicos. Los cocineros de Paris han fundado una sociedad que cuenta sólo seis meses de existencia y se compone ya de mil doscientos socios. La sociedad culinaria ha celebrado una sesion solemne, donde se han adoptado las más graves resoluciones.

A la cabeza de estas resoluciones figura la fundacion de una escuela profesional de cocina, destinada á perfeccionar un arte que, segun las personas competentes, se halla hoy en completa decadencia.

A las parisienses que regresan á la capital, y á las extranjeras y provincianas que la atraviesan, les aconsejo que vayan á ver, en el Palacio de la Industria de los Campos Eliseos, la Exposicion de las Artes decorativas, Exposicion organizada por un grupo de hombres inteligentes.

En esta Exposicion, los recuerdos del pasado son numerosos y exquisitos.

Llama, entre otras cosas, la atencion la cama de Maria Antonieta, obra maestra de talla y ebanistería, mueble inmenso, con cabecera de madera dorada. La talla de la madera, que reproduce los adornos á la moda en aquella época, son de una finura y una delicadeza extraordinarias. La seda que la decora y la cubre, tejida en Lyon expresamente para la joven Reina, es de una magnificencia sin igual: sobre el fondo, de raso blanco y azul, se destacan unos haces de flores y unos ramos de hojas que presentan el relieve de la felpilla.

La cama de la emperatriz Josefina, con su cortinaje de

terciopelo encarnado salpicado de abejas de oro, parece mucho más pesada.

La cuna del Rey de Roma, el desgraciado vástago de Napoleon I, ofrece el encanto inexplicable de las cosas tristes. Las esculturas de esta cuna célebre fueron dibujadas por Proudhon.

El público admira tambien, en la Exposicion á que me refiero, un salon completo de estilo Luis XVI, que pertenece á la Vizcondesa de Janzé y es digno de su ilustre abuelo el Duque de Choiseul.

Las exigencias ridiculas ó tiránicas de los caseros de Paris crecen de dia en dia, hasta el punto que las personas más pacientes y ménos susceptibles empiezan á alarmarse, y una agitación sorda y amenazadora se nota ya contra esos tiranuelos de nuestra época.

Mil ejemplos podria citar en apoyo de mi tesis. Bástele el siguiente cartel, que copio de una casa en construcción, de la calle de Courcelles:

SE ALQUILA UNA HABITACION para soltera de edad ó viuda. No se admiten HOMBRES en la casa.

Una idea de yankee. Cierta ciudadano de los Estados-Unidos llega al hotel de una poblacion del Mediodía de Francia.

Molido y cubierto de polvo, pide agua para lavarse.

No hay ni una gota en el hotel, contéstale el moderno ventero.

Sin replicar, sube á su cuarto, y una vez en él, se pone á gritar con voz desaforada:

—¡Fuego, fuego!

Al oír las voces, todo el mundo acude; quién con un cántaro, quién con un cubo, quién con un jarro de agua.

—¡Gracias á Dios que tenemos agua— dice el americano con la mayor tranquilidad;—eso es todo lo que yo queria! Les doy la receta de balde.

X. X.

Paris, 1.º de Setiembre 1882.

COLEGIO DE RELIGIOSAS

BAJO LA PROTECCION DE

NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS.

En uno de los sitios más amenos de Madrid, donde ha de terminar el paseo de la Reina Cristina, Pacifico, 7, triplicado (palacio de los Condes de Rascon), con magnífico jardín, se ha fundado un Colegio de superior enseñanza para señoritas internas y medio pensionistas, dirigido por venerables monjas de San Bernardo.

Tiene la mujer cristiana una mision alta en el seno de la familia y de la sociedad. Para cumplirla como es debido, es necesario imprimir en su corazón, desde la infancia, saludables máximas y sana moral; inclinarla siempre por el camino de la virtud y enseñarla esa afable cortesía y modesta urbanidad tan peculiares á su sexo, é instruir la bien y completamente en todas las labores y en los conocimientos literarios que la corresponden. A tales y tan importantes objetos se dirige siempre la enseñanza de este Colegio é institucion.

El personal del Profesorado se compondrá de una Directora general y otra Religiosa para cada clase, con su ayudante, si necesario fuese.

Las Religiosas de todas las clases, bajo la presidencia de la Directora ó de la Madre Superiora, constituirán el tribunal de enseñanza. Este se reunirá dos veces al año, una en medio y otra á fin de curso, para darse cuenta de los adelantos de las alumnas y dar á las que lo merezcan el premio que á su aplicacion y buen comportamiento corresponden.

Entra en la enseñanza todo lo que forma un plan completo de educacion é instruccion en las señoritas y en las labores propias de su sexo. A este intento, se dará preferencia á las lecciones de Religion y Moral é Historia Sagrada. Seguirán los ejercicios de Lectura en toda edicion y en todo carácter. Se completará el estudio de enseñanza intelectual con la Gramática castellana, Aritmética, Geografía, Geometria con nociones de Dibujo lineal y natural, con Pintura, Historia Universal, Higiene, Urbanidad, Economia doméstica, Música é Idiomas. Clases de labores: calceta, encajes, crochet, coser, remendar, cortar, bordar con toda perfeccion, hacer flores y frutas artificiales.

Pidase el programa detallado á la Direccion del Colegio, con las señas arriba indicadas.

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.692.º.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.ª, 2.ª y 3.ª edicion.)

Traje azul.— Vestido de terciopelo y raso azul marino muy oscuro. Falda de terciopelo liso, ribeteada de un tableado y guarnecida de escarpelas de cinta. Sobrefalda de raso maravilloso, muy sedoso y flexible, recogida por un lado con una cinta y una rosácea de raso. Corpiño de terciopelo, redondo por debajo de los brazos, con una aldeta corta por detras y abierto sobre un chaleco de raso azul claro, guarnecido de una serie de lacitos flotantes pegados bajo el borde del chaleco.

Traje granate y color de rosa.— Vestido de raso guarnecido de terciopelo. Falda redonda, compuesta de dos volantes anchos de raso plegado y dos tiras anchas de terciopelo. Banda formando túnica, dispuesta por detras en tres especie de cocas grandes. Corpiño en punta por delante, y en

forma de frac, con pliegues huecos, por detras. La solapa, el cuellecito en pie, las carteras de las mangas y las hombreras son de terciopelo.

PEQUEÑA GACETA PARISIENSE.

Muchas de nuestras señoras Suscriptoras nos piden noticias acerca del corsé baños de mar, de la casa P. de Plument, 33, rue Vivienne, en Paris.

Es un gracioso corsé, compuesto de ligeras ballenas envueltas en un tejido de lana y ligadas entre sí por galones igualmente de lana. Unos ojetitos de cobre, y el espacio vacío que queda entre los galones, impiden que el agua permanezca dentro del corsé, lo cual sería una gran molestia. Este corsé va disimulado bajo el traje de baño; nadie lo ve, ni lo adivina siquiera; tal es la inteligencia que ha presidido á su confeccion. Constituye una verdadera coraza que, sin ocasionar la menor fatiga, mantiene el cuerpo firme, y preserva de toda inquietud la coquetería más susceptible.

Mr. de Plument ha merecido el reconocimiento de todas las bañistas, sobre todo de aquellas que han pasado ya de los treinta años, y que suelen recurrir á pesados corsés que las torturan en el baño. El corsé baños de mar ha venido á redimir las, satisfaciendo su deseo de aparecer airosas sin martirizarlas.

PASTA EPILATORIA DUSSEY.

Destruyendo los vellos que afean el rostro. Esta preparacion absolutamente inofensiva, rejuvenece y hermosa de una manera sorprendente. (1, rue J.-J. Rousseau, Paris.)

PARÍS. Corsets pour les modes actuelles.— M. mes de Vertus sceurs, 12, rue Auber.— Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

MADAME LACHAPELLE, profesora en partos, recibe todos los días, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, Paris, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

Exposicion Universal de 1878: Medalla de Oro, Cruz de la Legion de Honor. El AGUA DIVINA de E. COURRAY, perfumista en Paris, 13, rue d'Enghien, es el producto por excelencia para conservar la juventud. Tambien es el mejor preservativo de la peste y del cólera morbo. (Véase el anuncio en la cubierta.)

SOLUCION AL GEROGLÍFICO

DEL NÚM. 29.

Los ojos de las niñas Son dos ventanas, Por donde á ver amores Se asoma el alma.

La han remitido las Sras. y Sras. D.ª Prima Redondo García.—D.ª Asuncion Gonzalez Santalla.—D.ª Balbina Sarmiento Lira.—D.ª Teresa Rodriguez de Hernandez.—D.ª María Nuñez Munoz.—D.ª Elodia Arenas Rodriguez.—D.ª Manuela Ortigosa.—D.ª Mercedes Moreno.—D.ª Aurora Martingala del Rosal.—D.ª Pura Gonzalez Santero.—D.ª Herminia Torrejon y Fulminar.—D.ª Carolina Amada de Alonso.—D.ª Esperanza Fernandez.

GEROGLÍFICO.



LA SOLUCION EN UNO DE LOS PRÓXIMOS NÚMEROS.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de Paris, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.ª (16, rue Suger, Paris).

Reservados todos los derechos de propiedad artística y literaria.

MADRID.— Establecimiento Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra, Impresores de la Real Casa. Paseo de San Vicente, 20.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



Paris Aug^{te} Bouchaux & C^o Imp^{rs} (Système Gay B^{is} P. S. D. S.)

N^o 1692 P

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Carpetas. 12.

MADRID

Parfumeria de lujo, Guortain, 15. r. de la Paix, Paris.

Faja Regente B^{is} y Corsi Ana de Austria de M^{mes} de Vertus, 12. r. Auber, Paris.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA